

Montserrat Cano

LA GOMERA  
Y EL ARREBATO



Editorial Cuadernos del Laberinto

Madrid • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Montserrat Cano

Del prólogo © Casimiro Curbelo

Fotografías de cubierta, interiores y autora © Antonio Martínez Castaño

Fotografía capítulo II © Montserrat Cano

De la edición: © Cuadernos del Laberinto

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Diseño de la colección © Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Primera edición: Octubre 2012

Segunda edición: Octubre 2018

I.S.B.N: 978-84-940581-1-0

Depósito legal: M-32747-2012

Impreso en España

EDITA:



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

CON LA COLABORACIÓN DE:



**CABILDO DE LA GOMERA**

*Para Antonio.*

*Fuimos tan felices aquí, que te quedaste para siempre.*



*A mi hermana María José,  
y a mi amiga Delfina Sánchez Quijada.  
Y a La Gomera.*



## PRÓLOGO

### UNA GOMERA DE ADOPCIÓN

*La escritora catalana Montserrat Cano nos deleita con una redacción que hace sentir la querida isla de La Gomera con cada uno de nuestros cinco sentidos. A través de sus ojos nos hace un íntegro recorrido por nuestra mágica y admirada Isla en un diálogo continuo entre ambas.*

*La escritora, enamorada de La Gomera, siente cada una de nuestras piezas paisajísticas como propias y las añora con gran sentimiento cada vez que se aleja de esta pequeña isla canaria. Según sus propias palabras, La Gomera se parece a una estrella de mar petrificada y con un texto de lectura sencilla nos detalla cada uno de los rincones que ha visitado cada vez que ha viajado hasta este lugar.*

*La autora nos narra la primera vez que viajó a la Isla y su primera impresión de Vallehermoso; las partes altas de la Isla y La Fortaleza de Chipude; el mito de Gara y Jonay, el arte del Silbo y su relación personal con La Gomera, entre muchas más maravillosas experiencias.*

*Tras varias visitas a nuestra Isla, Montserrat Cano decidió comprar una vivienda en Vallehermoso de la cual disfruta en su tiempo libre. Para los gomeros es un orgullo que una escritora de la talla de Cano haya dedicado un libro íntegro a nuestra tierra bajo el título «La Gomera y el arrebato» por lo que nos sentimos profundamente agradecidos a esta gomera de adopción.*

*Como presidente del Cabildo Insular de La Gomera le deseo muchos éxitos y que no cese nunca de deleitarnos con sus textos sobre las maravillas de nuestra querida Isla y su gente.*

CASIMIRO CURBELO

Presidente del Cabildo Insular de La Gomera

## **La estrella de mar y el exprimidor**





Me gustaría que alguien pudiese ver La Gomera con mis ojos. Sabría, entonces, que hay una persona en el mundo, al menos una, que repara en lo mismo que yo, a la que no tengo nada que explicar porque lo percibimos todo de la misma manera. Pero sé que eso nunca sucederá porque cada examen revela cosas distintas, cada acto de mirar es una elección íntima y cada objeto contemplado es diferente según los ojos que lo observan. Yo, ahora, estoy enamorada de La Gomera. Esto significa que gozo pronunciando su nombre y escuchándolo, que me parece perfecta en conjunto y en todas sus partes, que ya no imagino cómo era mi vida antes de conocerla, que la añoro cuando estoy lejos y la incredulidad me impide disfrutarla del todo si la tengo a mi alcance. Quiere decir, también, que aún lo ignoro casi todo de ella. Porque he mencionado el enamoramiento pero no el amor. Éste, si ha llegar, lo hará más tarde, cuando crea comprenderla y sea capaz de quererla, no porque sea hermosa, ni admirable, ni única, sino a pesar de sus defectos y sus inconvenientes, sin más razones que su existencia y la pura pasión

La Gomera se parece a una estrella de mar petrificada. En verdad, es sólo una roca grande flotando en el océano. Pero las cosas raramente son nada más que lo que son en verdad. Lo valioso suele encontrarse en lo que no se ve a simple vista, en lo oculto, en lo circunstancial, y si no fuese de ese modo, el mundo sería sencillo, comprensible y aburrido. Justamente lo que no son ni el mundo ni La Gomera.

La primera persona que me habló de la isla me dijo que su forma era similar a la de un exprimidor. Tenía razón, se parece a eso, pero la comparación va mucho más allá de la mera apariencia física. La imagen del exprimidor remite a una experiencia personal y colectiva de la que yo, como extranjera, no puedo participar más que desde la razón cuando, precisamente, se trata de una materia que pertenece al campo de los sentimientos. El exprimidor, me dijeron, fue durante años un objeto casi de lujo para muchos de los habitantes de la isla, como esplendidas y escasas eran las naranjas en la mayoría de las mesas. Sin embargo, no dejaba de ser un utensilio de cocina, algo cotidiano y sencillo en sí mismo, más allá de la oportunidad real de poseerlo o darle empleo. Así que, cuando una persona de cierta edad compara La Gomera con un exprimidor, no sólo está describiendo con acierto su aspecto sino que está narrando de manera implícita una forma concreta de vivir y otra más

abstracta, absolutamente íntima, de sentir y juzgar esa vida. En esa metáfora no hay estética sino ética, todo lo contrario al modo en que yo puedo mirar y miro. Sí, la isla, para mis ojos, es como una estrella de mar muerta hace tiempo, solidificada y cubierta por esa materia misteriosa que llamamos vida. Yo la vi por primera vez desde el aire y recuerdo que era como una sombra brillante sobre el mar. Sombría y luminosa. Muy sombría y muy luminosa.

Antes de aterrizar, el horizonte se inclinó hasta colocarse en vertical. Durante un par de minutos el paisaje se convirtió en una acuarela china, con el mar azulísimo arriba y la isla casi perfectamente redonda abajo. Pude contemplarla entera. Era el mediodía del sol y la tierra parecía pintada sobre el agua, sin relieve alguno, apenas con una red de estrías delicadas que iban desde el centro hasta la costa, separada del océano por una línea dorada que perfilaba los contornos y convertía el interior en un espacio oscuro. Pensé que era extraña y que probablemente me gustaría.

A veces, el primer destino es el destino. El primer día en la isla lo pasé en Vallehermoso, en el extremo noroeste, un lugar que habitualmente no es el punto de partida para los viajeros. Camino de Laguna Grande, el coche rodaba muy lentamente, permitiéndome contemplar el paisaje. En la radio, Vivaldi sonaba bajo y por las ventanillas abiertas entraba un aire con aroma a tierra húmeda y a

musgo. Alajeró había quedado atrás y la carretera, después de bordear impresionantes barrancos pedregosos y amarillos, de belleza agreste, difícil, ascendió hasta entrar en los límites de Garajonay. El asfalto discurría flanqueado ahora por una masa apretada de árboles en su mayoría desconocidos para mí, de hojas oscuras y pequeñas, troncos cubiertos de líquenes a cuyos pies crecían helechos, raíces ennegrecidas por la humedad. Desde la ventanilla podía vislumbrar algo del interior del bosque, una mezcla de verdes, pardos y grises, una penumbra constante en la que, de tanto en tanto, brillaba un rayo de sol para iluminar un suelo cubierto por tantas hojas vivas y muertas que la tierra era apenas una suposición. Todo ello envuelto en una bruma casi translúcida que parecía ser más antigua que los propios árboles, tan vieja y enigmática como el bosque. El conductor me estaba explicando el efecto de los vientos alisios y decía que, a menudo, las nubes descendían hasta el bosque y era posible verlas caer sobre los árboles y la carretera. No obstante, encima de nosotros, el cielo era tan impecablemente azul que yo tenía que mirar el interior del bosque para imaginar algo que no fuese luz. Entonces, de pronto, tomamos una curva. Y allí, a nuestra izquierda, una nube de color gris muy claro, como recién inventada, avanzaba sobre los árboles en dirección a la carretera, semejante a una ola que no encontrase playa en la que romper. Se

movía despacio pero de forma imparable, arrollando vegetación, fulgor, tonalidades. Cruzó el camino y lo devoró. En apenas unos instantes la tuvimos frente a nosotros y pude contemplar cómo se acercaban sus primeros jirones. Nos alcanzó, nos introdujimos en ella y se hizo el invierno a nuestro alrededor.

No un invierno cualquiera. La temperatura bajó de repente y el cristal del parabrisas se humedeció. Saqué la mano por la ventanilla y se me cubrió de agua, pero yo no había tenido la sensación de que el líquido hubiera caído sobre mí. Ni sobre el coche, ni sobre mi piel, ni sobre el asfalto ni sobre la tierra había señal alguna del impacto de las gotas. No llovía sino que estábamos dentro de la lluvia. Las hojas de los árboles se volvieron más oscuras y las de los helechos aún más verdes. Todas ellas se inclinaron y comenzaron a gotear un poco. No era la primera vez que yo me encontraba rodeada de niebla, pero esto era diferente. Las brumas que yo conocía, y que por cierto siempre me habían parecido fenómenos en extremo sugerentes, eran estáticas. Desplazarse en ellas era como hacerlo en un espacio cerrado, inmutable, dentro del cual todas las cosas adquirirían unas peculiares cualidades de blandura, sigilo y lentitud. En Garajonay, por el contrario, la nube se movía perceptiblemente. El coche y ella avanzaban en direcciones opuestas, de tal modo que mantos blancos y grises se abalanzaban diagonalmente sobre él,

nos alcanzaban y nos rebasaban uno tras otro, como si el cielo se hubiese desmoronado y rodara mientras se deshacía. Inesperadamente, con tanta rapidez como había llegado, la nube se fue. Pasó por encima de nosotros, de los árboles y de los senderos que se abrían entre ellos, dejó tras de sí una estela parecida al rocío, y la vi a nuestra espalda, ocultando la parte de bosque por la que acabábamos de pasar. Regresamos al verano.

En aquel momento yo sabía muy poco de la isla y casi nada aún de Vallehermoso. La Gomera es muy bella, me habían dicho, en el pueblo se escuchan las ranas por la noche y Pedro García Cabrera escribió poemas acerca de ellas y de las naranjas. Para ser exactos, yo apenas conocía Canarias. Muchos años antes había pasado en Tenerife y Lanzarote mi luna de miel pero, aunque las dos islas me habían gustado, no me impresionaron lo suficiente para desear regresar al archipiélago. La vida me ha enseñado a creer en el azar. Para alguien que, como yo, valora la racionalidad sobre todas las cosas, una afirmación de esta clase no es sólo rara sino casi dolorosa. Me gustaría constatar que el mundo está ordenado, que existe una relación lógica entre las causas y los efectos, que los méritos se recompensan, los abusos se castigan y los errores se perdonan. Lo cierto, sin embargo, es que no puedo obviar el papel esencial que la casualidad juega en la existencia de los seres

humanos. O quizá —y esto puede ser un intento mío de organizar lo incomprensible— sea que existen otras normas que aún no hemos descubierto, de las que apenas tenemos indicios. En cualquier caso, creo en la providencia porque no puedo negarla. Si las probabilidades se cumplieran siempre, Tenerife y Lanzarote deberían haberme conmovido la primera vez que estuve allí. No obstante, el encanto de La Orotava, Garachico o Timanfaya, que aprecié, se deslizó sobre mí sin impresionarme más allá de la constatación intelectual de esa belleza. Y me parece que no se trata de que el amor me aislase de las demás cosas. Lo que sospecho es que uno no era el momento adecuado y el otro sí. Pero, ¿qué significa momento adecuado? Si no me hubiesen ofrecido un trabajo, si unos meses antes de volar a Las Palmas no hubiese decidido cambiar el rumbo de mi vida, si no hubiese estado disponible para aceptar toda novedad que se me ofreciese... Si, si, si... ¡Que peligrosos son los condicionales! ¡Y que tentadores! A diferencia de las interrogaciones, que exigen o posibilitan respuestas concretas, los condicionales muestran alternativas infinitas o anheladas, irreales en cualquiera de los dos casos. Ahora, todo parece haber ocurrido con una finalidad clara: que yo alcanzase uno de mis sueños. Sé que lo que acabo de escribir es absurdo pero no voy a retractarme. Azar o destino, aquel mediodía en que llegué a La Gomera significó una

alteración absoluta en mi existencia y en la de otras personas de mi entorno cercano. A pesar de que aún faltaban más de veinticuatro horas para que me enamorase de la isla.

Una de las pocas cosas que yo conocía de La Gomera, aunque sólo de manera general, era su origen volcánico. No obstante, aquel primer día nada sugirió que me encontrase sobre las lavas de un volcán. Quizá, inconscientemente, yo esperaba un cono parecido en algo al Teide o una tierra áspera como la de Lanzarote, y el verdor remoto de Garajonay me hizo olvidar en qué clase de territorio de encontraba. No me pareció una isla de fuego, ni siquiera de ceniza. Aunque, en aquellos días, yo ardía en mi propia hoguera y tal vez ése no era el estado de ánimo más indicado para apreciar otras llamas. Reconozco que soy una de esas personas a las que resulta imposible viajar sin un enorme equipaje, y empleo la palabra equipaje en su doble sentido material y metafórico. Si en lo práctico soy incapaz de seleccionar qué cosas necesitaré en cada recorrido porque todo me parece que puede llegar a ser necesario en algún momento, en lo personal mi capacidad de acumulación es casi infinita. Apenas he podido desprenderme de cuatro o cinco cosas en toda mi vida. Al escribir cosas me refiero también a personas, actitudes, ideas y, sobre todo, sentimientos. Esto no tendría el mínimo interés para nadie si no fuera porque es una circunstancia

que me impide apreciar lo que conozco de una manera siquiera ligeramente objetiva. No puedo evitar filtrar lo que veo, interpretarlo a la luz de lo que sé o lo que opino, tratar de insertar lo nuevo en el conjunto de lo ya sabido. A veces, tengo la sensación de estar tejiendo un tapiz en el que, algún día, lo que ahora son fragmentos sin mucho sentido se convertirá en una imagen nítida. Otro absurdo, puesto que mi ignorancia y mi perplejidad no hacen más que aumentar cuantos más lugares y personas descubro. Y así debe ser, estoy segura, como también lo estoy de que esa impresión de desasosiego, de insuficiencia, de impericia para captar la esencia profunda de las cosas, no me abandonará nunca. Cada día entiendo mejor la leyenda del rey Salomón, que sólo pedía sabiduría.

Esta digresión guarda alguna relación con el fuego y La Gomera. Como de costumbre, nada más pisar tierra, intenté comprender lo que veía. Pero estaba tan contaminada por mi experiencia, anhelaba tanto vislumbrar el significado de la belleza que desfilaba ante mis sentidos, me notaba tan ávida de saber y tan excitada por la contemplación de mi propio deseo que, precisamente por ello y perdida en el intento de relacionarlo todo, no percibía más que los objetos aislados y mi emoción ante su hermosura. Examinaba cada barranco, cada valle, cada cumbre, cada árbol y cada planta con toda la atención de que era capaz, y me sentía más y más como